

EL ESCANDALO

UAB
Universitat Autònoma de Barcelona
SEMANARIO
Se publica
los jueves
30 Céntimos

AÑO II

BARCELONA 18 DE FEBRERO DE 1926

NÚMERO 18

LA BOHEMIA LITERARIA

ABSURDOS

—Mi amigo, siempre elige para sus confidencias, los laureates del bar del Excelsior. Cada vez que en sus andanzas de trotamundos incansable, arriba a Barcelona, me arrastra hasta un taburete de aquéllos, y allí, desatada su fantasía por las acideces del "cocktail", me va narrando sus aventuras de viaje, que yo oigo con la misma indiferencia desdeñosa que la música de las "tziganes", que se articula con el ritmo lánguido de un tango sentimental o el desconcertante de un ruidoso "one-step". Siempre es el mismo el marco de sus aventuras: el "hall" de un hotel, el pasillo del "sleeping", la cubierta de trasatlántico. Y la aventura se repite con sistematización lamentable; parece que mi amigo se entretiene en conquistar una misma mujer en distintos lugares del mundo: París, Viena, Berlín, Ginebra, Londres, Buenos Aires. Si no tuviera buen cuidado en enviarme desde cada población a que llega, una tarjeta postal, yo creería que se encierra en su "estudio" de la Bonanova y no sale de él hasta que tiene imaginada la aventura con que me ha de asombrar de vez en cuando.

Yo me dispongo a oírle, y a creerme todo lo que me diga, y él, que lee en mi rostro esta disposición de mi ánimo, se lanza a hablar. ¿En qué lejano país habrá tenido lugar esta vez la aventura? ¿A qué raza pertenecerá la dama misteriosa que ha temblado de pasión entre sus brazos? ¿En qué idioma habrá pronunciado en esta ocasión mi amigo las eternas palabras a cuyo conjuro la especie se va reproduciendo?

Pero mi amigo tiene en su rostro una expresión de melancolía bien distinta a la que yo conozco de otros momentos semejantes a éstos. Nada le digo, porque lo más interesante de las personas que hablan mucho, son los instantes de silencio. En él son breves.

—Tengo el auto en la puerta—me dice—, aún sucio del viaje.

—¿Vienes de París?

—No; vengo de Valencia. A París, voy. Y a Berlín.

—Sí—le atajo—, como de costumbre, y luego, al fin del mundo.

—Y si supieras en lo que pensaba... Toda una época de nuestra vida, pasa por mi espíritu, más que con la vaguedad del recuerdo, con la misma intensidad que si se reprodujera. He vuelto a ver, al cabo de algunos años, a una camarada de aquella época heroica de nuestra existencia, de aquella época de sufrimientos y de desencantos de lucha y de fracaso, que no quisiera otra vez vivir, pero que evocó ahora con cierta melancolía ¿Recuerdas?

No teníamos más caudal que el de nuestras ilusiones, y aunque cada uno, a solas, se sintiera abrumado bajo el peso de su fracaso, en cuanto nos reuníamos, podíamos permitirnos el lujo de repartir la felicidad que nos sobraba. Luchábamos contra una hostilidad del medio que atribuíamos a la estupidez de las gentes. Porque el caso es que no se nos reconocía el talento que cada uno de nosotros tenía indudablemente. Y esta injusticia nos sublevaba.

—Sí, era una injusticia irritante—objeté yo—. Claro que la indiferencia de las gentes podía achacarse en que unos no escribían porque sus versos maravillosos y sus prosas extraordinarias no cabían sino en unos periódicos estúpidos que proyectábamos y que nunca podríamos realizar; a que otros no se tomaban la molestia de escribir las comedias que llevaban en el pensamiento, porque no había teatros dignos de representarse; a que éstos no pintaban ni aquellos modelaban, porque la gente era incapaz de comprender su arte, y a que los de más allá mantenían en secreto la armonía de sus sinfonías prodigiosas por no ensombrecer la gloria de Beethoven. Pero esto hubiera sido otra injusticia. Aquella situación se hubiera resuelto con un golpe de Estado. Proclamar una República ideal. Obligar por decreto a que la gente reconociera nuestra valía, fusilando a quien se permitiera la osadía de dudar, y todo resuelto.

—Tú siempre te encastillaste en la ironía.

—Claro. Como que toda esa bohemia era deliciosamente regocijante. Todos vosotros érais perfectos hijos de familia, y el cálido hogar, pródigo y reconfortante, os ponía a cubierto de las crudas asechanzas de la vida. Vuestros sufrimientos eran puramente imaginativos; habíais de inventaros y acababais por convencerlos, a fuerza de sugerencias, de que eran ciertos. Pero ninguno se atrevía a luchar frente a frente con la vida, sólo con sus medios propios.

—Pero, ¿y en el terreno sentimental?

—En orden a lo sentimental, otro tanto habría que decir. Ahora recuerdo uno que tenía el alma torturada por el desvío de una novia que sólo existía en su imaginación. Vuestra bohe-

mía fué puramente imaginativa. Literatura. Un atiborramiento de literatura y nada más. No habéis conocido la amenaza terrible de las dentelladas del lobo. No sabéis de la tristeza de las noches sin hogar, ni del horror de tener que retrasar horas, a veces días, la comida. Y la previsión paternal impidió que hubiérais de enfrentaros con la vida a pecho descubierto. De aquel núcleo, el que no se gana los garbanos como médico rural, está en una oficina llenando papel con garabatos el que menos ha claudicado, descendió de su torre de marfil, haciendo al vulgo las concesiones que exigía.

—Acaso tengas razón; acaso nos hemos estado engañando a nosotros mismos.

—Mi amigo apura un "cocktail" sostenido por una montaña de platillos. Está un poco mareado. Y creo que es por la conversación. Salomó a la calle. Montamos en su auto. Yo le doy las señas de mi casa, pero no sé por qué, pienso que debí darle las de la Casa de Socorro más próxima.

BRAULIO SOLSONA.



MUSSOLINI

Vuelve a sonar el nombre de Mussolini, empujado como siempre por vientos de violencia. Su discurso contra Alemania es una agresión contra el espíritu pacifista de Locarno. En estos días se va a ver el proceso Matteotti... Siempre la violencia...

LO RURAL Y LO URBANO

PARADOJAS

Cuando estoy aburrido y no tengo a mano otro libro más ameno que hojear, me agarro, como a tabla de salvación, al diccionario.

Sus páginas son muy instructivas. Se aprenden etimologías, significados, como quien dice la anatomía y la fisiología del lenguaje.

Del vocablo más humilde se pueden extraer perfumados zumos. No hay palabra a propósito de la cual no pueda explicarse un curso de filosofía.

Prueba al canto. Por ejemplo: civilidad, ciudadanía. Ciudadanía, de ciudad, en latín "civitas". Civilidad, de civil o ciudadano, en latín "civilis", "civis". Civilidad, sinónimo de urbanidad, cortesía, cultura. Rural, rústico, villano, igual a inculto, zolacho y zote.

En efecto.

Hay tengo el alma llena de saudade, de otfial melancolía y brumiosidad, y me dispongo a salir de casa.

Toda la grisura del cielo, todo el ambiente de la ciudad se me ha entrado en el corazón y me lo aplasta.

El campo, con su ilimitada vastitud, con su libre anchura, con sus verdes tiernos y apetitosos me tienta.

La lluvia ha aliñado los henos, ha aliñado el forraje como una ensalada.

La urbe es la sede de la urbanidad.

Efectivamente. En la escalera de mi casa doy los buenos días a un vecino y éste no me contesta.

Poco después irrumpo en el campo, ambulo al margen de regato humilde, me pierdo como una hormiga en el verde tablero de las huertas.

La sangre se oxigena. El pulmón se satura de vivificantes efluvios.

Los gañanes desde las hazas me saludan, risueños:

—¿Va a buscar caracoles, tan de mañana?

Hay buen tempero, tienen el alma sana y todos los pájaros de la creación les cantan en el seno.

Mientras me lavaba la cara y me humanizaba el físico en la galería de mi casa, en el piso de encima barriaban, sacudían las alfombras, mullían a estacazos y puñetazos los colchones.

La basura me llovía en los hombros torrencialmente. Una nube de polvo entenebrece el barrio. Se mascaban en el aire que respiraba mortales microbios.

He insinuado una protesta tímida. Me he limitado a preguntar si la basura no estaría mejor recogerla que tirársela a la cabeza de los vecinos.

De la galería de arriba una voz femenina, llena de insolencia y protervia, me ha replicado:

—Ya se sabe que la gallina de encima se ensucia en la de abajo. Y que, como se ponga usted tonto, le estrello en las narices el vaso de noche, eso ya es viejo.

En la campiña infinita, entre dos lienzos de verdura, corre un senderuelo angosto.

Marchando en sentido opuesto nos encontramos un peguajero y yo. Mi antagonista viene con una inmensa canasta de hortalizas a cuestas. Yo no llevo sobre las costillas más fardo que el de mis penas.

Los dos no cabemos en la veredita angosta. Uno de los dos tiene que ceder el paso al otro. Lo natural fuera que yo, que voy suelto y pimpante, me hiciera a un lado y me descubriera al paso de aquel héroe, que lleva a los lomos mi pan.

Pues, no señor. El es el que se adelanta en los cumplimientos, el que se para primero, el que salta al bancai y me deja la vía libre.

Y aún hay quien emplea la palabra hortelano en sentido de basto, selvático, cerril, cuando lo menos cerril que yo conozco es la gente que va por los cerros.

Cuando he tomado el tranvía para dirigirme a las afueras, me ha edificado un espectáculo ejemplar.

El coche iba abarrotado de hombres que volaban a sus ocupaciones y de mujeres que caminaban a los mercados. El ómnibus había sido tomado por asalto y habían triunfado en la cruda lid los codos y los puños de los más fuertes. Los hombres iban sentados; las mujeres, de pie.

De los primeros, algunos eran muchachos, boy-scouts, futbolistas.

De las segundas, no pocas, la mayoría, arrastraban grandes cestas, estaban embarazadas, llevaban niños en brazos.

A mediodía, al regresar a casa, se me hundía la mollera en una rumia triste.

La carretera trepidaba, vibraba, poblada de ruidos, de tráfago industrial.

Los automóviles pasaban como fastasmas, envueltos en nubes de humo y de orgullo.

Un carro cercano me desgarraba el tímpano con el chirrido de sus ruedas.

A mi derecha, una anciana jadeaba, sucumbía bajo la carga excesiva de un saco de hierba repleto hasta los bordes.

—¿Es para los conejos, abuela?—le pregunta el carretero jovial.

—¿Para quién va a ser, pues?

—¿Caray! Para mí ya supongo que no la lleva. Pero, traiga, traiga. Eche el saco en el carro, que irá usted más descansada.

Un auto, en estas, llega fragoroso, tempestuoso, se mete en un lodazal y nos pega a los tres una bofetada de fango.

ANCEY. SAMBLANCAT.

LOS HOMBRES Y LAS COSAS

Las grandes figuras novelescas

Manón Lescaut

Con Manón Lescaut se oficializa el "ménage à trois" que había de ser la alegría familiar de la esmerada burguesía de la Francia galante. Manón es la primera mujer hermosa y apasionada que cambia de brazos sin saber que peca, y convence a un hombre joven, guapo y honrado, a quien adora, de que no es ni delito ni inmoralidad que el amor saque dinero de los viejos que ya no pueden dar amor y que, porque no pueden darlo, lo piden a gritos y babeando, y lo pagan caro. Manón es el primer florecimiento de la juventud en medio de la noche estimulante.

En el París sin luces y sin policías de aquel año de 1720, las noches de Manón Lescaut y del impenitente y volcánico Des Grieux, tienen el encanto de ser las primeras noches civilizadas del contubernio conyugal. ¿Acaso podría dudarse de que Manón y Des Grieux fueron esposos? Lo fueron, con el ansia, con la fidelidad, con la emoción de aquella época impregnada de catolicismo y furiosa de amor.

Y NO PASO NADA

En una calleja de París, mientras Des Grieux roba a Manón que está presa en el hospital, de pronto suena un tiro y cae muerto el guardia de corps Lescaut, hermano de Manón y, también caballero de la Noche en los combates de juego; el bravo tahir no tiene quien ampare su cadáver. Muere al lado de su hermana y de su amante. Pero ninguno de ellos puede dedicarse a recoger los despojos mortales del guardia de corps, porque ambos van de fuga, ocupados en salvar su pasión.

Nunca se sabe nada de aquella muerte, aunque hay versiones que la explican. La policía no persigue con artificioso celo a los criminales. El mismo crimen, se confunde todavía con el hecho caballeresco. La noche de París cubre con su oscura y voluptuosa túnica a los amantes fugitivos, al asesino que escapa y hasta a algún policía vagabundo que sospecha que acaso debiera perseguir al homicida, pero que prefiere vagar entre las sombras en busca de alguna muchacha rezagada o perdida.

En las tinieblas suenan besos y arcabuzazos. Del lado del Chatelet viene un ruido de moquería y en San Germán de los Prados unas campanitas tímidas llaman a los primeros rezos.

LA NOCHE DE ORO

Manón carece de fortuna y no logra cotizar a fondo su belleza. La economía es ciencia demasiado joven. Pero ya las noches de París son propicias al amor. Los graves caballeros jefes de familias patricias, dejan, en sus salones, a la tertulia, presidida por la esposa y se van en pos de aventuras. Así llega a casa de Manón el señor M. de G.

París tiene los mismos ruidos y los mismos ecos. Leve cerrar—o abrir—de ventanas y cancelas. Pasos apresurados. Andares táticos. Un señor marcha llevando a sus espaldas a un criado que carga con la linterna, iluminando el camino de su amo. Una pedrada que nadie sabe de dónde viene, da fin a la linterna.

Al galope de sus cuatro caballos tintineantes de cascabeles y entre las voces obscenas y feroces del postillón, pasa una diligencia.

Todo es galante en esas noches llenas de los suspiros de Des Grieux y de las picardías de Manón Lescaut. El caballero M. de G., llega al palacio donde por su opulenta voluntad, vive la señorita Manón. A la señorita Manón la acompaña su hermanito, que no es otro que el caballero Des Grieux, el cual presencia, entre cínico y atormentado, las coquetías de su amada con el viejo millonario y la senil premura del amante. En el salón constelado de bujías, el pobre Des Grieux mira como su adorada Manón recibe perlas y francos, besos y diamantes. Pero él sólo es hermano de Manón.

En ninguna parte del mundo ocurre algo semejante. En cualquier otra parte del mundo, aquella escena degeneraría o en rufianada indecente o en matanza duelistica. En la noche "dieciochesca" de Lutecia, todo ocurre con amable picardía y un dulce cinismo da más belleza al rostro maravilloso de Manón Lescaut, cuyos diez y ocho años son, por eso, doblemente "dieciochescos", entre la luz de las velas flameantes y frente a los vinos claros que, ya entonces, eran los astros venustos y propicios de la noche generosa.

Por las calles corre de pronto una onda perfumada y dos bultos escapan a la vuelta de una esquina. Los vagos ruidos remotos, no le quitan alegría a la noche. Más bien la estimulan. Manón y su pseudo hermanito imaginan picardías.

—Despierto es, para ser tan niño y provinciano—exclama el viejo M. de G., oyendo hablar a Des Grieux.

Y los amantes sonríen en la noche fecunda. No han pensado en el crimen, ni siquiera en el robo. Piensan apenas en

enriquecerse, gracias a la pasión concupiscente. Durante el día los dos jóvenes duermen. Las personas sesudas ejercitan artes de negocio o de gobierno, mientras el sol se despreziza sobre las calles de la villa.

A la noche, trampa del ingenio, vuelve el viejo, el tercero de la familia, a poner sus tesoros a los pies de Manón y ante los ojos de Des Grieux. Y así hasta que la pareja desaparece y el viejo burlado la persigue para llevarlos, a él a la prisión de San Lázaro, y a ella al Hospital General.

Sólo es fecunda en amor esa noche parisina de hace doscientos años. El soborno es claro y fácil; el placer se disemina en las tinieblas y deja en el aire un perfume acre y excitador. Dentro de las casas, la galantería trabaja en mil formas. Todo es aventura. La noche cumple su divina misión. Nadie trabaja mientras ella se desarrolla. Los hombres sensatos y ordenados, aquellos a quienes nada debe el mundo, duermen tranquilos. Los locos del placer o de la sabiduría, velan durante largas horas y en los candelabros vibran las lucecitas claudicantes.

En las habitaciones altas de un palacio, el abate Prevost medita y recuerda, y en su cabeza fatigada va surgiendo la figura graciosa, amable e inconsciente de Manón Lescaut, la más bella y apasionada de las pecadoras, hermana mayor de Margarita Gauthier y la primera de las mujeres civilizadas. Manón Lescaut, hija de la Noche y de París.

JULIAN ALDARULL.

TOMAS MEABE

Un interesante discurso de Indalecio Prieto

En el acto de dar sepultura definitiva a los restos mortales de Tomás Meabe, pronunció Indalecio Prieto el siguiente discurso:

"Es esta la vez primera en mi vida que para hablar en público traigo cautiva en cuartillas la palabra, y si la he apisonado así, no es ante el temor de que el moho formado en largo empujamiento la entorpezca (lo cual entra muy en lo posible), sino por miedo a que, cual anteriormente me ocurrió, la emoción levante un dique y, reprimiendo la palabra, la contenga dentro del pecho, sin dejarla correr hasta los labios.

Estamos aquí, en la ciudad de los muertos, y vamos a hablar entre ellos. Acaso esto no sea gran novedad pública española. España es un inmenso cementerio, un cementerio con veinte millones de muertos espirituales, y antes de ahora hemos advertido y nos ha desolado el silencio imponente de las multitudes que no oyen, ni ven, ni sienten, porque, en realidad, no viven. En ocasiones, perorando, en tan dilatada soledad, hemos padecido la alucinación de oír clamores de asentimiento, rugidos de ira, palpitations de vida apasionada... Era el viento, que al pasar, estremecía el ramaje de los árboles, arracandoles murmullos casi humanos; pero nadie nos acompañaba; estábamos solos, completamente solos.

Hemos venido a dejar para siempre, en este rincón florido del Cementerio civil, los restos de Tomás Meabe. Ya están aquí, en la tierra vasca que el tanto quiso, en medio del campo, que era su amor, y cerca del mar, que fue su pasión. Queda así cumplida su voluntad. Era una deuda nuestra, y la Juventud Socialista de Vizcaya ha sabido pagarla por todos.

Está reservado a los hombres excepcionales el dejar huella de su paso por la vida. Así Meabe. Han transcurrido diez años desde su muerte, y en nosotros vive lozano y fresco su recuerdo, como si hubiera sido ayer. Es que perdura su obra, que sobrevive su espíritu, que Meabe fue más, mucho más que lo encerrado en el ataúd que acabamos de dejar cubierto de flores y tierra.

Llevo conmigo, como única cultura, la experiencia de haber conocido a fondo muchos hombres, y sé que quienes se destacan del plano vulgar donde la masa forma el gran montón confuso y gris, se mueven a impulsos de un gran corazón o guiados por un poderoso cerebro. Pero, a menudo, los hombres desbordantes de cordialidad no brillan por su inteligencia, y los de cerebro prodigioso suelen ser secos de corazón. Si entre estos, dos tipos hubiésemos de optar, preferiría siempre al hombre de corazón.

En Meabe—he ahí lo verdaderamente excepcional—se juntaban un cerebro magnífico y un corazón de oro, y quizá del raro ensamble de esas dos facultades provenía aquella su espontánea y formidable originalidad, que le hacía y le hará inconfundible.

Vino a la vida sediento de ideales. No los realizaba con cuanto veía a su alrededor, cerca de sí, y los buscó lejos de todo utilitarismo prosaico, en el lejano horizonte del ensueño.

Sobre la cubierta de los barcos, en el campo, en el monte, miraba siempre más allá, queriendo descubrir el camino de la justicia. El amor encendido a su tierra le llevó al nacionalismo, y cuando vio que aquella no era la senda apotecada por él, vino a nuestras filas con Pepe Madinaveitia, que tanto influyó en

su vida, y los dos juntos tan decisivamente en la mía.

Su filiación socialista no le entibió el cariño a la tierra nativa, que nunca el afán de paz para la humanidad entera puede ser incompatible con el afecto al suelo que nos vio nacer, al en que vivimos, a aquel en el cual se crearon nuestros afectos y del que parten raíces invisibles, tirando constantemente de nosotros como si desearan con avaricia la cal de nuestros huesos.

Fué el Socialismo para Meabe el camino de doloroso sacrificio, y al recorrerlo gustó las hieles de la expatriación y de la cárcel. A él, tan afectivo, tan cariñoso, tan amante, estaban deparados aún mayores suplicios al sentirse desajado de los suyos por discrepancias irreducibles. El sacrificio pierde todo su perfume cuando lleva consigo ruido de pregones y vaguierías. Necesita el nimbo del silencio; su llorar es un llorar hacia adentro, cuyas lágrimas queman las entrañas. Y Meabe lloró siempre hacia dentro. Por fuera no tenía sino el reír infantil, que le servía de saludo a la amistad, o el rápido gesto de ira ante la injusticia, plasmado en un funcionamiento del ceño y un fulgor de acero bruñido en sus ojos dulcemente azules, del color que, al fundirse, forman mar y cielo en la lejanía adonde siempre miraba Tomás.

No he conocido sensibilidad más generosa. Vibraba por los demás. Lo suyo parecía no conmovérsele. Desarmaba con risas al infortunio, que nunca supo arredrarle, y él siempre pretendió ocultar. Acaso comprendió mejor que nadie el emparejamiento de su desgracia y su altivez aquella compasiva cocinera parisien que, simulando chancear, apedrea con patatas la ventana de su sobabanco de París.

El recuerdo de Meabe me derrotó una vez en el Congreso. Presidía la sesión el marqués de Figueroa. Me había yo levantado para acometerle. Pero me acordé que aquel hombre había sido ministro de Gracia y Justicia cuando Meabe, desterrado en París, al saber que espiraba su padre, se puso en camino para Bilbao, haciéndose preceder de este telegrama: "Señor ministro de Gracia y Justicia: Estoy expatriado por delincuente. Si vuelvo a España me aguarda el presidio; pero está agonizando mi padre y marchó a verle. Usted también, señor ministro, habrá tenido padre". Y al acordarme que Meabe pudo venir a cerrar los ojos a su padre y volver a Francia sin que le prendieran, me sentí sin fuerzas para el ataque y callé.

Fué un hombre excepcional este a quien hoy honramos. Le debemos respeto y admiración; pero estoy seguro de que ofenderíamos su memoria si esa admiración respetuosa la trocáramos en idolatría. Nuestro homenaje, si ha de ser justo, proporcionado, ha de amoldarse a aquella sencillez inmaculada de Meabe.

¿Toparemos de nuevo en la vida con una humildad tan limpia? Incluso en los hombres netamente honrados hay un móvil deleznable, la vanidad, que presta alas a la ambición. Meabe no conoció la vanidad. No es que la desahuciase en un esfuerzo supremo de voluntad, como suelen limpiarse de pecado los místicos; es que jamás la tuvo. Todas sus reciedumbres de hombre se agitaban vigorosas dentro del fúnel de su alma infantil, que no padeció la más leve raspadura en su diafanidad.

Acaso el mayor tormento padecido por él fue el de arrastrar el martirio a esta mujer heroica, hoy entre nosotros, compañera inseparable de él en los últimos y más tristes años de su vida. Debemos a la digna esposa de Meabe nuestra gratitud, porque supo confortarle, aliviarle, sumarse a su dolor callado, cambiando también el bienestar por la miseria. Otra hubiese amargado más su vida, exhortándole a la claudicación, que era el final de muy duro y largo calvario. Esas exhortaciones no hubieran torcido ni aminorado la vocación socialista de Meabe; pero hubiesen sido otro eslabón en la cadena de sus tormentos.

Si nosotros, los socialistas, honramos en Tomás Meabe al apóstol abnegado de nuestras ideas, los vascos deben honrarle como uno de los espíritus más finos y fuertes de la raza, y los artistas, como a un temperamento exquisito que modeló y pintó en su prosa personalísima y profundamente original bellas obras de arte.

En este recinto tan caro para nosotros quedan los restos corporales de Meabe. Que su espíritu no se desprenda de nosotros. Sería insensato pedir que le imitáramos. No somos capaces. Hay facultades innatas cuya creación no depende de la voluntad, y a ese orden pertenecen las que hicieron culminar la abnegación y el talento de Meabe. Tomémosle, pues, como un esplendoroso luminar de nuestra vida, sin pretender eclipsarle ni siquiera brillar tanto como él.

Al dejar aquí sus huesos entre la tierra por él amada, sabemos que no se extinguirá su recuerdo. Esta supervivencia en el recuerdo es, quizás, el único premio de los grandes hombres, de los hombres completos, henchidos de bondad, abrazados en el amor a sus semejantes, de los que, poseedores de inteligencia superior, no la venden, ni la alquilan, ni la exhiben neciamente como un penacho, sino que la emplean en el bien del prójimo, en la pelea por reducir el dolor de la vida humana, que, con sus injusticias, hace del mundo un valle de lágrimas.

Cuando la mayoría de las lápidas de esta necrópolis, despedazadas y borrosas, proclaman con la incuria la tragedia del olvido, en la tumba de Meabe habrá siempre flores frescas, como signo de que vive en la memoria de aquellos por quienes sonriente y estoico, se dejó llevar al martirio."

CRITICA Y COMENTARIOS

Lo ingenioso, lo absurdo y lo pintoresco

Anécdotas sucedidos y otros excesos

Voy a referir una tartarinada de Manolo Fernández. A Manolo Fernández, ya lo conocéis. Es el antiguo Baritono—hoy sin voz—que aún siendo actor español y autor del "Qué es gran Barcelona!", podría muy bien haber nacido en Groenlandia, en el Polo o en el Puerto de Pajares, que son los sitios más frescos que conozco.

Estaba yo en Melilla en 1921, a raíz del desastre de Annual, enviado como corresponsal de guerra por "Las Noticias". Allí, por el mes de diciembre del mismo año, llegó a Melilla una compañía de zarzuela acudillada por Miguel Pedrola y por Manolo Fernández. Olivella, el radical, el que fue jefe de mercados—que también estaba a la sazón en Melilla—me presentó a Manolo. Hizo amistad conmigo y el hombre, sin duda "por epater le bourgeois" me expresó sus deseos de asistir a una operación de guerra. Tuvo por ello que luchar con su mujer, la graciosa y abundante María Hernández, pero el hombre consiguió sus deseos y un día le invité a que viniera conmigo a la toma por nuestras tropas de Yazanem.

Creía yo que no iba a ocurrir nada, que no iba a haber tiros, y por eso le invité. Ocupamos un auto y por la bien cuidada carretera salimos para Yazanem y llegamos cinco minutos después de tomar la posición nuestras tropas. Era un cuadro desolado el de Yazanem por: todas partes recuerdos del pillaje de los moros que habían convertido la posición en un muladar. Manolo recorrió conmigo los barracones de mampostería destruidos, los parapetos medio deshechos, las casamatas mostrando la injuria de los invasores y el salajismo de los rifios. Contemplaba el hombre emocionado aquellos estigmas de la barbarie moruna cuando—¡seee...col, ¡seee...col—dos balas enemigas vinieron a incrustarse a veinte centímetros de la cabeza de Manolo.

Se quedó sin voz.—¡Bueno! Ya no la tenía—y me miró con unos ojos de pavor en los que leí que me llamaba verdugo. Iba a tranquilizarle, cuando llegó a nosotros Federico Berenguer, el general que mandaba la columna, y sonriente le dijo:

—Está visto, amigo Fernández, que los moros no respetan ni a los artistas. Escóndase usted porque le van a matar. A Mascias, como es de casa, no le dan importancia, pero a usted, sí.

Manolo, más muerto que vivo, se apartó de aquel sitio y volvió conmigo, sano y salvo, a los brazos de María que le esperaba como a un nuevo Scipión el Africano.

Pasaron los meses. La compañía terminó su actuación, y después de mil peripecias, en las que el ingenio, siempre travieso, de Manolo se mostró en todo su esplendor, regresó a Barcelona.

Meses después volví yo también a Barcelona, terminada la gesta de la reconquista africana, y un buen día encontré a Manolo en las Ramblas.

—Viene usted como enviado del cielo—me dijo.

—¡Hombre! No sé si como enviado del cielo, pero me parece que está usted algo hiperbólico.

—No. Ahora mismo me va usted a acompañar al teatro Cómico y va usted a contar lo que me pasó en Yazanem.

—Como usted quiera.

Y en efecto, tomamos un auto y nos trasladamos al Cómico.

Allí, en el cuarto de Beut—que se mostró tan serio como un elefante—me hizo Manolo Fernández asentar a una serie de aventuras que a él le habían acaecido en Marruecos—que Dios me perdone—pero, que de haber sido ciertas, hubieran constituido de un nuevo episodio de "Los tres mosqueteros".

—Ven ustedes—decía Manolo, entusiasmado y hasta creyéndose lo que había referido a sus compañeros crédulos—como luché con dos moros y me hicieron tres disparos?

El cuarto de Beut se había llenado de cómicos que enaltecían el valor de Manolo, y hasta alguno propuso que se le diera un banquete, por haber honrado el valor de la clase.

A la salida Manolo—sin duda como pago a mi complicidad—me convidó a un vermuth con anchoas.

■

Cuando en la campaña de 1921 se ocupó por nuestras tropas el zoco del Arba de Arkemán, como no se tenía gran confianza en la operación, se nos confió, a los corresponsales de guerra, en un barquito—el "Mediterráneo"—y se nos llevó mar adentro, diciéndonos que desde la playa podríamos contemplar a nuestro sabor todas las incidencias de la operación.

Magras peruanas! Desde el barco no se veía ni gota, pero ¡eso sí! la malhadada embarcación, consciente sin duda del papel que le había sido reservado, se movía de una manera que hubo quien echó las muelas, y no digo que dió a luz, porque esto no es privativo de los que pertenecemos al género masculino.

De treinta y tantos corresponsales que éramos en el "leve leño", se marearon todos menos Augusto Vivero, el maestro de periodistas, Leopoldo Bejarano, el pimpante y enterado cronista, Gregorio Carrochano y yo. Los demás estaban como cubas. Mariscal de Gante—hoy redactor-jefe de "La Correspondencia Militar" sudaba hasta por los cristales de los gemelos.

los. Frías, el corresponsal de "La Unión Mercantil"—también hoy redactor-jefe—tumbado en el suelo como un bocoy, se encomendaba a las once mil vírgenes y prometía, si salía sano y salvo, no asistir más a ninguna corrida de toros—él tan aficionado—si libraba con bien de aquel trance.

Vivero, Bejarano Carrochano y yo escrutábamos con los gemelos el horizonte y no veíamos nada. Solamente tres moros que se bañaban tranquilamente en la playa de Arkemán—en casa tengo un documento gráfico firmado por ellos acreditando ese extremo. Ya estábamos algo "moscas", cuando el barquichuelo comenzó a moverse de manera desenfrenada. Y entonces Bejarano, haciéndose cargo de la situación, le gritó al teniente Vázquez, de la Compañía de Mar, que timoneaba el vaporcito:

—¡Vázquez, por Dios! ¡Dígame usted a esos cincuenta soldados, que el Alto Mando ha ordenado meter en las bodegas para que muevan el barco, que se estén quietos!

LUIS MASCAS.

REPLICA

Lo de la Sociedad de Autores

A indicación de la autoridad gubernativa publicamos el siguiente documento firmado por varios autores de pequeño derecho:

"Los que suscriben, autores de Pequeño Derecho de Barcelona, hacen las siguientes afirmaciones aclarando determinados conceptos y rechazando los calificativos que entrañan una agresión en el artículo del número anterior que firma Francisco Madrid.

No es cierto que un señor por hacer un cuplé y cobrar dos liquidaciones tenga derecho a voz y voto en la Sociedad de Autores. El autor solamente tiene voz y voto cuando es socio y para ello tiene que llenar los requisitos reglamentarios y justificar unos cuantos miles de pesetas de recaudación; después de esto tiene un solo voto por cada dos mil pesetas más que cobre.

En las Asambleas no dominan los autores del pequeño derecho y mucho menos con el voto acumulativo, precisamente por esta base de los Estatutos sociales, los autores del derecho grande son los que siempre superan con enorme mayoría de votos en los acuerdos.

El ser autor de cuplés no autoriza a nadie al calificativo de "desdichados", puesto que un buen número y los que suscriben, han traspasado las fronteras con sus éxitos y tienen un haber de ochenta mil a ciento cincuenta mil pesetas cada uno de ingreso total hasta la fecha, por el producto de sus canciones y bailes, tan honrosos como cualquier fragmento de zarzuela que se populariza.

Los señores Rusiñol, Pons y Pagés, Sagarra, Iglesias, etcétera, dentro de la Sociedad de Autores no pueden tener más influencia que el valor de su talento demostrado en pesetas efectivas por la recaudación de sus obras, puesto que la Sociedad de Autores es puramente administrativa y se rigen sus destinos como una Sociedad por acciones a tanto el voto. Nadie tiene la culpa de que unos señores se limiten a escribir para una sola región por capricho o por política. El arte es absolutamente libre y forzosamente ha de producir poco al que se atrinchera.

En la Sociedad de Autores no se discute la personalidad literaria o teatral, eso queda para los críticos y para el público, la Sociedad de Autores "administra" y los mayores accionistas son los que tienen más votos para imponer los acuerdos.

Los autores de cuplés tendrán en su seno personas de todas clases, pero esto no es patrimonio exclusivo, porque ocurre lo mismo en todas las colectividades del mundo mientras el mundo sea mundo y los hombres de carne y hueso y nadie podrá tirar la primera piedra, a no ser por medio de la insidia, hija de la cobardía. ¿Qué nos importa la vida privada? Para los delitos están los tribunales de justicia, no la pluma del hombre compañero contra el hombre, haciendo arma del periodismo, cuyos ideales deben ser más altos.

¿Qué nos importa que un señor sea guapo o feo? ¡Son ruindades que rebajan!

¿Qué tienen que ver las exaltaciones de una Asamblea donde se discuten sagrados derechos, cuando en el Senado y en el Congreso han ocurrido cosas peores de palabra y obra, a bastonazo limpio?

Respecto a que los autores del Pequeño Derecho mandan y gritan en la Sociedad, es lo más lamentable que puede decirse. Nosotros pedimos justa y legítimamente, y así venimos pidiendo años y años cosas tan legales como la publicación del estado de cuentas del pequeño derecho en el Boletín de la Sociedad, acordado en Junta general y ratificado en otras sucesivas, y sin embargo no se cumple. Nosotros pedimos que nos den el dinero que han pagado las empresas por nuestras producciones, dinero que ha ingresado en la caja social y no se reparte porque en algunos casos dicen que no han llegado los programas, dándose la lamentable coincidencia de que varios de los reclamantes han confeccionado ellos mismos los citados programas, enviándolos a la Sociedad de Autores. Nosotros reclamamos muchos miles de pesetas que se pierden por toda España, por eso gritamos, porque tenemos producción en todas partes."

UN CONTRASTE SIGNIFICATIVO

Lo conmemoración de la República

MADRID

A la conmemoración de la República española asistieron las siguientes personalidades:

Catedráticos: Teófilo Hernando, Juan Negrín, Hipólito Rodríguez Pinilla, Luis Jiménez de Asúa, Honorato de Castro, Manuel Martínez Risco, F. Gutiérrez Gamero, Luis Doporto, Manuel del Pino, Eduardo Gómez Ibáñez, Francisco Barnes, Manuel Hilario Ayuso, Adolfo Álvarez Builla, José Martínez Roca, Julio Huici, José Giral, Enrique Martín Jara y Julio Milego.

Escritores y artistas: Ramón Pérez de Ayala, Luis Araquistain, Manuel Azaña, Luis Bello, Luis de Tapia, Joaquín Aznar, Enrique de Mesa, Luis de Oteyza, Leopoldo Bejarano, Antonio de Lezama, Mariano Benlliure, César Jalón, Luis Bagaría, Julio Camba, Benito Artigas, Juan Cristóbal, Santiago Oria, Manuel Pedrosa, Angel Galarza, Fernando Blanco, J. Pagés y Santiago Oria.

Médicos: Gregorio Marañón, Isidro Sánchez Covisa, José Sánchez Covisa, Manuel Tapia, Eduardo Bonilla, Fernando Coca, Fernández Guerra, Crespo, Gutiérrez Arraté, José M. de Antonio, Jesús Sampelayo, Romualdo Rodríguez, Pedro Vélez, F. Martín de Antonio, Juan Carrera, M. Fernández Oviedo, Luis Capilla y Fernández Durán.

Ingenieros: José Salmerón, Cayetano R. Noguera, Nicolás de la Helguera, Francisco Vighi, Julio Diamante, Juan Serrano, Francisco López Bedoya, José Rezoa, Antonio Vela y José Cebada.

Abogados: Pedro Rico, Fernando Merino, Andrés Aragón, Valeriano Casanueva, Dámaso Vélez, Juan Botella, Joaquín Rocamora, José María González, José Casares Hipólito, J. Coronado, Vicente Costales, Enrique Izquierdo, Emilio Noguera, Francisco L. Goicoechea, José Puig Asprer e Ignacio Díaz.

Farmacéuticos: José Eraso, Ramón Rubio, Juan Trasería, Mariano Pérez Aguirre, Nicolás Salmerón y Francisco Carreras.

Ex diputados: Alejandro Lerroux, Roberto Castrovido, Marcelino Domingo, Joaquín Pi y Arsuaga, Alvaro de Albornoz, Rafael Guerra del Río, Dario Pérez, Mariano Tejero y Nicasio León Bencomo.

Representantes: Ricardo Samper (ex alcalde de Valencia), Gerardo Abat Conde (exalcalde de La Coruña), Gabino L. Gallego (representante de Pamplona), Eduardo López Buden y Gonzalo Acosta Pan.

Diversos: Gabriel Gancedo, Miguel Sastre, Horacio Gómez, F. Martín y otros varios.

Adheridos: Manuel B. Cossío, Juan Madinaveitia, Fernando Lozano, José Nákens, Marcelino Isábal, Lucas Fernández Navarro, Leopoldo Alas, Urbano González de la Calle, F. Rivera Pastor, Miguel Morayta, Andrés Ovejero, José Hurtado de Mendoza, Pérez Galdós y Albifana Mompó.

EN BARCELONA

A la conmemoración de la República asistieron: Emiliano Iglesias, Manuel Santamaría, José Ullé, Rafael Ullé, Jorge J. Vinaixa, J. Pérez de Rozas, José Juncal, Eduardo Batalla, Pedro Doménech, Jaime Polo, Pedro Figueras, Eladio Gado, Rodríguez Soriano, Gatell, Daura, Pina, Moreno, Fitó y "otras personalidades".

Se adhirió al acto el ex concejal señor Palau.

El contraste no puede ser más elocuente.

Aquí, han monopolizado el republicanismo unos cuantos inpublicanos no querían figurar los hombres prestigiosos de que van con ellos es a regañadientes y por rutina.

Si no se renuevan valores, si no desaparecen ciertos nombres funestos, si no deja de ser el republicanismo barcelonés feudo de los profesionales de la concejalía, en el partido republicano no querían figurar los hombres prestigiosos de que tan falta está.

Longevidad

Ciento cuarenta y seis años de edad tiene una señora de Persia, que acaba de ser "descubierta" por los funcionarios del censo que se está haciendo en aquella nación.

Con la respetable dama, vive un hijito de 116 años y "tanto la mamá como su tierno infante (también hay relatividad en la ternura) disfrutan de la más cabal salud".

Sería curioso verlos, pero aún más oírlos en un diálogo por el estilo:

—Mamá, tú estás equivocada, eso que me cuentas te ocurrió a ti, según le oí contar a papá, en el siglo XVIII (después de J. C.)...

—Tienes razón. Estaba confundida con otra vez que volví a Teherán en la primera mitad del siglo XIX, de nuestra era, cuando era un chiquillo de cuarenta y pico de años.



Cuando EL ESCANDALO tuvo la amabilidad de dedicar a Miguel Burro Fleta, una de estas ya célebres planas centrales, tan buscadas por el público—y que dure, amigos—, como temidas por los que no las tienen todas consigo, hubo maliciosos que pensaron:

—Bien, ya vendrá por aquí Lázaro, y veremos lo que dicen entonces. Porque esto está *insuprado* por Hipólito... Esta última frase, al alcance de la inteligencia de cualquier cómico de la clase de suspicaces, se decía con el índice extendido debajo del ojo, para ensanchar la órbita visual, como queriendo indicar:

—¿Qué vivos somos!
Y, créanlo ustedes, no hay gente tan presuntuosa como los idiotas.

Nosotros, claro está, no aspiramos a que esos *émos* nos comprendan. Nos basta—yo lo creo, y eso que somos ambiciosos—con el favor cada vez mayor que nos dispensa el público, convencido de que hacía tiempo que no se publicaba un periódico tan sincero, tan independiente y tan desenfadado como EL ESCANDALO.

La verdad es que a nosotros no se nos puede decir que seamos de éste, ni de aquél, ni del otro, ni siquiera del de más allá.

Lo mismo nos importa una cosa que otra. No somos incondicionalmente amigos ni sistemáticamente enemigos de nadie. Queremos, así, si pasar el rato—la vida es efímera, dijo el sabio Belmonte (D. Juan)—, lo más divertidamente que posible sea. *Voula tout*, como decimos cada vez que vamos a Francia.

Comentamos la actualidad con el desenfado y el garbo que la Divina Providencia se ha servido darnos... y nada más.

Hoy le toca a uno y mañana a otro. Y el que más a salvo se crea de nuestras chigotas, cuando menos se lo espera se encuentra con que le concedemos el honor de gastarle una bromita.

Somos—vaya la confesión—unos eutrapélicos. Somos unos bagatelicos.

Se habrán fijado ustedes que estamos por lo esdrújulo. EL ESCANDALO, eutrapélico y bagatelico. Tres esdrújulos.

Y ello quiere decir que, si bien simpatizamos con lo agudo por natural propensión, no queremos tener relación alguna con lo grave.

Total, que con el carácter que tenemos, propicio a todo lo que sea bullanga y jarana, y con la gramática que sabemos, según acabamos de demostrar, nos podemos reír —y nos reímos— de ciertas cosas que nos escriben y ciertas cosas que oímos.

Para quienes hacemos este periódico no constituye EL ESCANDALO un medio de vida, sino una distracción. Nos ganamos el sustento—ángeles del Señor—trabajando en serio y tenemos la suerte de gozar de una consideración que atribuiría a más de cuatro.

Ello nos permite distraernos haciendo "Escándalo"—valga el giro catalán—sin preocupaciones ni temores.

A nadie nos debemos ni nadie puede preciarse de ejercer sobre nosotros influencia.

El dinero que ganamos se destina a remunerar la colaboración que cordialmente nos prestan algunos camaradas. Como debe ser... Como no es costumbre...

Y en tanto, el mundo sin cesar navega—como dice don Luis Sedó—por el archipiélago inmenso del vacío.

¿Qué es lo que diremos de Lázaro?

Bien. Pues a base de nuestra independencia, ahora podríamos darle un bombito estrepetoso a Hipólito Lázaro, si nos diera la gana. O podríamos meterlos con él de mala manera.

Hipólito Lázaro es la actualidad. Va a debutar en Olympia inmediatamente.

Después de lo de Fleta, se tiene bien ganado el derecho a figurar en esta galería pintoresca.

—¿Qué dirá de Lázaro EL ESCANDALO?

Pues, lo van a ver ustedes. Tenemos sobre la mesa un inacabable rimer de cuartillas. Tenemos una obra que parece una lanza. Tenemos un tintero que semeja un océano. Tenemos—y que Dios nos lo conserve—un humor envidiable...

Vamos a hablar de Lázaro.

Un detalle muy nuestro

Hipólito Lázaro, como Mercedes Capsir, no canta en el Liceo. ¿Por qué será?

Ello nos parece de muy buen gusto, por parte de ellos, pero nos parece mal por otra parte.

El Liceo se nos antoja una lata de conserva musical. Por más que exigencias ineludibles obliguen a ciertas novedades, mantiene su espíritu angustioso, caduco, eternamente viejo. El público del Liceo no se entusiasma más que con el repertorio que pudiéramos llamar clásico, si aceptamos la locución vulgar no se dijera una tontería. Lo suyo es *La Bohème*, *La Tosca*, *La Fanciulla*. Aguantan a Wagner porque no tienen más remedio, si no quieren pasar por ignorantes.

LOS REPORTAJES SENSACIONALES

LA FIGURA DEL DIA HIPOLITO LAZARO

Una anécdota de cuando era carretero

Lázaro es de San Andrés de Palomar, pueblo unido a Barcelona por un decreto de agregación y por una línea de tranvías eléctricos y otra de autobuses, que se deslizan por la carretera de Ribas.

Esto de los tranvías eléctricos y los autobuses, como la agregación, son cosas relativamente modernas. También son relativamente modernos los camiones. Antes, en la carretera que une Barcelona con San Andrés de Palomar, no se veían esos medios de locomoción tan rápidos que el progreso humano ha inventado para facilitar el transporte, para dar trabajo a las Casas de Socorro y para procurar clientela a las necrópolis.

El carro era el vehículo que se enseñoreaba de la carretera.

En la quietud apacible de los pueblos, el carro fue un tiempo lo dinámico.

Los oficios que se practican en fábricas y talleres eran en aquel tiempo lo estático.

El carro permitía desplazarse, aunque fuera lentamente, a otros lugares que el escenario cotidiano de la vida corriente.

Y Lázaro entre encerrarse todo el día en una fábrica o seguir caminos con el carro, prefirió esto último.

De aquí deduciría algún psicólogo que Hipólito tenía el alma viajera.

Nosotros no deducimos nada.

El oficio de carretero, para nuestro criterio, se aproxima al ideal soñado.

Si no hubiera que cargar y descargar el carro, sería algo definitivo.

Turnarse sobre el cargamento a dormir o a cantar, mientras rueda el carro pausadamente por los caminos soleados, es faena codiciable.

Mas, no divaguemos...

Lázaro era carretero en sus mocedades.

Hé aquí una anécdota de aquellos tiempos, que tiene interés para los biógrafos.

Una mañana salió temprano de San Andrés en carro con dirección a Barcelona. La noche anterior apenas había dormido. Se encerró en un cafeticho con varios camaradas y jugando al *burro* y fumando *caliquenyos* se pasó la noche. De pronto, ya a punto de amanecer, se dio cuenta de su obligación y salió de estampía para su casa. Se tumbó un rato sobre la cama y poco después le despertaban para que *enganchara*.

No se hizo rogar Lázaro. Se levantó en seguida, pensando que tenía todo el camino para dormir, sacó las cañalleras de la cuadra y las *enganchó* al carro.

Apenas el carro comenzó a rodar sobre el camino de Barcelona, Lázaro se quedó profundamente dormido.

Sus camaradas de la noche anterior, ya terminada la partida, de regreso a sus casas, vieron el carro de Lázaro, y afectuosos y cordiales quisieron decirle adiós, desearle buen viaje. Fueron inútiles sus gritos. Hipólito roncaba en *do*.

Entonces, uno de los amigos tuvo una idea. ¿Por qué no dar la vuelta al vehículo y así cuando se despertara Lázaro se encontraría en Gerona?

La broma fue acogida con grandes risotadas. El iniciador tomó del ramal a la caballería puntera e hizo girar el carro hasta dejarlo en dirección contraria a la que llevaba.

Arrearon las cañalleras y se fueron a dormir.

Pero hay que decir que no se salieron con la suya.

Hipólito no se despertó en Gerona. ¡Se despertó en Granollers!

Y en efecto, le oyó, y se entusiasmó, con aquel entusiasmo desbordante de Pepe Gil, tan levantino, tan exagerado, tan de castillo de fuegos artificiales.

Gil preparó el debut de Hipólito en el teatro Novedades.

Naturalmente, Lázaro se presentó con "Marina".

Ya se sabe que en España, cuando un tenor quiere que el público sepa que, en efecto, lo es, tiene que ponerse unos pantalones blancos y una americana azul, tiene que comprarse un jipi, y salir a un escenario, con tal fachada rídicula, a manifestar la dicha que siente al volver a ver las costas de Levante y más concretamente las costas de Llorret de Mar.

Lázaro no podía escaparse a esta ley general. Cantó "Marina", gustó, y dió ocasión a que Pepe Gil alardeara una vez más de su "ojo clínico".

Aquello de ¡Yo soy el mejor tenor del mundo!

Y de allí, unos bolos de ópera y a triunfar por esos mundos de Dios.

Lázaro se convirtió en un divo.

¿Ustedes no saben lo que es un divo?

Un divo es un as.

¿Ustedes no saben lo que es un as?

Un as es un semidivo.

Un divo es, pues, un semidivo.

Un hombre sobetito y engolado que se constituye en eje del mundo.

El mundo no tiene otra misión que la de girar en su torno.

Lo que pasa es que como hay unos cuantos divos en cada actividad humana, tiene que dar tantas vueltas el mundo, y en sentido tan diverso, según la atracción de cada uno de los divos, que se ha vuelto loco.

El desquiciamiento del mundo, acaso se halle en la atracción de los distintos divos, que luchan todos a la vez porque el mundo gire en su torno.

Lázaro también sufrió la enfermedad del "divismo", que por cierto ataca también a los cantantes zarzueleros, prodigándose con un exceso aterrador.



... Aunque Hipólito Lázaro presume de que le gustan los "caliquenyos" y diga que los sigue fumando tan a gusto como en otros tiempos, he aquí la prueba fotográfica de que fuma habanos. ¡A nosotros, no!

Por eso en un ataque fulminante, una noche en el Tivoli se le ocurrió soltar aquella frase tan poco discreta, que tanto se comentó, y que tanto se quiso aclarar, siendo peor cada vez que se quería dar una nueva explicación. Lázaro, disgustado por las discusiones violentas que su arte ocasionaba, nervioso por algunas manifestaciones de desagrado que juzgó excesivas, afirmó que era el primer tenor del mundo.

Y todavía dura el jaleo...

Lázaro es también hombre de dólares

Lázaro es hoy rico, opulento. Ha ganado muchos dólares...

Ganar pesetas, francos, liras, no tiene importancia. En la vida, no se es verdaderamente opulento hasta que se ganan dólares.

Blasco Ibañez no se ha considerado rico hasta que empezó a contar por dólares.

Lázaro también cuenta por la unidad monetaria norteamericana.

Reduce a dólares las cantidades de sus contratos, el dinero que va ganando y el que gasta.

Se casó en la Habana con una joven muy guapa, hija de un millonario.

Y bien puede decirse que se casó por amor, pues la unión se verificó a disgusto del padre de ella y la dote que dó suprimida.

Años después, restablecidas las relaciones familiares, Lázaro hubo de pleitear con su suegro. Y aún dura el pleito. Resulta que Hipólito entregó a su papá político millón y medio de pesetas, que se fundió entre los millones del rico hacendado cubano.

La decisión de los Tribunales, aunque lenta, es favorable a la restitución.

He aquí un curioso caso de un hombre que se casa con una mujer rica, y le cuesta dinero...

Eso, claro, le pasa a un español.

Lázaro y el "Gallo"

Hipólito Lázaro es artista de discusión. Tiene partidarios entusiastas y adversarios feroces.

Cuando canta bien, los primeros se vuelven locos. Cuando da un gallo, los que se vuelven locos son los segundos.

Pero en uno o en otro caso, la pasión se desborda. Nosotros disfrutamos con Hipólito Lázaro tanto como con el "Gallo".

Si está eminente como si está fatal, ambos hacen vibrar de pasión a la gente.

Nosotros hemos visto en el Tivoli cómo pacíficos ciudadanos y respetables padres de familia, se indignaban y gritaban y se disponían a jugar la vida, uno porque Lázaro estaba bien y otros porque no les gustaba.

¿Quiénes tenían razón? La verdad es que todavía no se han puesto de acuerdo.

Sigue siendo la figura discutida. Sigue siendo el enigma. Como el "Gallo".

Y no sigamos hablando del "Gallo", al hablar de un tenor, porque es como mentar la bicha...

Hay aceitunas Lázaro y aceitunas Fleta

La eterna discusión entre dos tenores, se hace en torno a Fleta y Lázaro.

Ambos tienen admiradores incondicionales, que emplean todas las armas con tal de lograr que el enemigo pierda.

Los partidarios de Lázaro han logrado popularizar uno de sus trucos.

Prueben ustedes a pedir en un bar popular vermouth con aceitunas.

Y el mozo del bar les preguntará: —¿Aceitunas Lázaro o aceitunas Fleta?

Y si ustedes hacen el ignorante, verán como el mozo aclara así el concepto:

—¿Digo que si las quiere con *pinoyol* o sin él?

El del *pinoyol*, para los aficionados a la ópera, es Hipólito Lázaro.

Otra vez

Ya está otra vez Lázaro entre nosotros. Uno de estos días debutará en Olympia.

Estamos de nuevo ante unas noches de discusiones, de apasionamiento, de violencias.

Irán unos a aplaudirle y otros a increparle. Pero estamos seguros de que irán.

No pasará como con otros divos, que tienen que recurrir al arbitrio de repartir entradas para que el teatro no ofrezca las desoladoras perspectivas de un desierto. Nosotros pensamos gozar estos días.

Los que puede que no se diviertan tanto son los médicos del dispensario de la calle del Rosal, a los que se les presenta unas noches de trabajo.



Esta "foto no necesita pie. Quien así se muestra, arrogante, sonriente, gallardo, calavera, no puede ser más que tenor. Y tenor de ópera precisamente. ¿Verdad?



HIPOLITO LAZARO de Palomar interpreta "Il piccolo Marat". Renovando su repertorio, el tenor de San Andrés de Palomar, que se salga por peteneras...

tesor en la garganta. Pero ni surgía el Papá Girard protector ni siquiera se enamoraba de él una profesora de canto.

En las rudas jornadas de la campaña africana de 1909, Lázaro fue para sus compañeros una distracción inesperada y gratísima.

Los que le han querido oír después, han tenido que pasar por taquilla y dejar sus buenas pesetas

Debutó con "Marina" como es de rigor

Pepe Gil, aquel formidable Pepe Gil, hubo de ser quien "sacara" a Lázaro.

Tanto le insistían, tanto le rogaban, que, al fin, se decidió a oír al novel tenor.

—Será uno de tantos ilusos como hay, que se creen que *chafan* a Gayerre—pensaba Pepe Gil—pero, en fin, le oiremos.

ECOS E INDISCRECIONES

MORDISQUEOS

Pasó el antrúejo. Pasó...

"...la extremada
cuan inútil necesidad..."

Lo que no pasa es la ficción que impera en todas nuestras cosas.

Ayer vimos que recibían la ceniza en la frente unos cuantos señores a quienes se les olvidó quitarse la careta, y por dentro se les reían las tripas de la purificación.

"¡Pulvis eris!" Sí, sí.

Refiere Anatole France, en una de sus amenas narraciones, que una gran pecadora, con propósito de enmienda, se dirigió a un padre confesor. Grandes pecados pesaban sobre la conciencia de la cuidada. ¡Pero eran tan dulces! El páter, naturalmente, piso devolverla al buen camino, y la impuso alguna penitencia. El iría a Tierra Santa a orar ante la tumba del Redentor, y estaba seguro que a su regreso la penitente habría conseguido su salvación...

Pasado algún tiempo volvieron a encontrarse.

—¿Qué? ¿Se ha tranquilizado su conciencia?—preguntó el padre.

—En parte, sí. Mas, todavía me tienta el demonio del placer.

—Pues, hija mía, se impone una mayor penitencia. Toma ejemplo de esto que ves.

Y enseñándole una enorme calavera, añadió:

—Todo acaba en eso.

—¡Ah! ¿Pero nuestro destino es ese?

—El espíritu, libre de la materia, vuela al cielo.

—¿Y no quedan aquí más que los huesos?

—Que se convierten en ceniza...

—Entonces, perdón, padre. No me interesa la conversión. Los tartufos de nuestros días, más ladinos y más hipócritas, aceptan que les pongan la ceniza en la frente, porque han pecado, hacen penitencia y vuelta a empezar.

¿Qué es la vida, en realidad,
más que eterna mascarada?

Cierto periódico londinense está tratando de averiguar cuánto debe trabajar un cincuentón, y ha preguntado con ese objeto a distintas personalidades de Francia y del Reino Unido. Casi todos los interrogados dicen que ellos son partidarios de trabajar buen número de horas diarias. Poincaré, ha agregado esta frase:

"Me parece que lo que más cansa, es no hacer nada"

Y así es. Lo que más cansa es no hacer nada, sobre todo cuando, como nuestro Marcos Zapata, se pueden repartir las horas del día de un modo equitativo.

Ocho horas para dormir, ocho para descansar y ocho para hablar mal de los amigos.

Cuentan las crónicas de Buenos Aires, que el doctor David Peña es autor de una obra biográfica titulada "Oscar Wilde" que aún no ha sido estrenada por falta de intérpretes. Cuando el doctor Peña puso la palabra telón, fué a ver a Florencio Parravicini para persuadirlo de que hiciera la obra. El popular actor argentino se negó gentilmente, haciéndole ver una serie de insalvables inconvenientes:

—Pero vea, doctor—le dijo Parravicini—yo no soy el actor indicado para ese personaje, y además, convénzase que Oscar Wilde no es una figura popular en América. Son muy pocos los que le conocen.

—Por lo menos prométame—repuso el autor— que asistirá usted a la lectura que haré en casa de Marquitos Avellaneda. Asistirán varios amigos.

Concurrieron, en efecto, a la lectura numerosos invitados que entre los cuales se hallaban intelectuales, políticos y diplomáticos.

El doctor Peña dió comienzo:

—"Oscar Wilde", pieza en cuatro actos.

En esto fué interrumpido por el embajador de España.

—Perdono, doctor: ¿Oscar Wilde es aquel que fué ministro argentino en Rusia y en España, durante la presidencia de Roca?

—No, señor ministro; ese fué Eduardo Wilde.

Y Parravicini, acercándose, por lo bajo recordó al autor:

—No le dije, doctor, que no lo conocía nadie...

La "gaffe" del diplomático le había dado la razón a Parravicini.

El conde Apolonio ha sido una vez más condecorado. Nuestros lectores ignorarán, sin duda, quién es Apolonio. Pues bien: Nosotros vamos a ilustrarles acerca de esta condecorada personalidad.

El conde Apolonio es, nada menos, que el director-gerente de "Gran Mundo", y, además, hombre muy metido entre la "crème" y el "chantilly".

¿Se van enterando nuestros lectores?

¿Sí? Entonces, ahí va la gran noticia.

El conde Apolonio ha sido nombrado comendador de la Santísima Anunciata y de la Celestial, Real y Militar Orden de Nuestra Señora de la Merced.

"Ora pro nobis".

¿Qué grande es el "Gran Mundo"!

Hablamos todavía del raid a Buenos Aires

Algunas tonterías que hacen reír

Congratulémonos desde luego de lo que nosotros dijimos, con una semana de anticipación, haya encontrado eco en algunos periódicos que se precian—¡inocentes!—de usufructuarios de la libertad de opinar.

Decíamos nosotros, la semana pasada, que había que premiar a Franco, Ruiz de Alda y Rada con dinero, y no con banquetes, con pollo, langosta y champán de bolita. Pues bien, "El Sol", "La Voz", "El Liberal", "Heraldo de Madrid", hasta el marqués de Viana han opinado lo mismo y han dicho que hay que dar dinero a esos chicos. Todos ¡claro está! presentan su idea como original y nosotros ¡infelices! somos unos desgraciados que no tenemos derecho ni al pan ni a la sal.

Es evidente que nosotros nos reímos de todo esto. Que les den dinero y ¡en paz! "Hágase el milagro y hágalo el diablo", dice el refrán; pero incita a la risa que no se nos quiera reconocer, a nosotros que arrastramos muchos miles de lectores—bastantes más que algunos diarios—la primicia en la proposición.

Pero dejemos esto, porque no somos vanidosos, y pongamos de relieve algunas tonterías que con motivo del raid han dicho esos periódicos que se tienen por usufructuarios de la verdad—no incluimos a "A B C", porque ese se cree los Evangelios con huecogrado, desde que nació, y para nosotros no reza.

Han dicho, casi todos los periódicos, que nuestros aviadores serían recibidos en Buenos Aires por la colonia española, al frente de la cual figuraría el melenudo escritor Eugenio Noel. Primera "pifia". Noel es el ¡¡¡alcalde!!! de Buenos Aires y nada tiene que ver con el autor de "El alegretto de la sinfonía VII".

Vamos a la segunda "patinada". Han dicho otros periódicos que los aviadores, después de varios días en Buenos Aires, habían volado sobre el "mar de la Plata". No, queridos. Que sepamos, no existe ningún "mar de la Plata"—¡ojalá!—. El Plata es un río—mal nominado por cierto—y no hay nada de mar. Mar del Plata es una playa de moda cercana a Buenos Aires donde, actualmente, las familias pudientes, las de dinero de la Argentina, van a refrescar sus sudorosos cuerpos. Una especie del San Sebastián donostiarra en España.

Otros diarios han dicho que los aviadores están alojados en el Círculo Militar de Buenos Aires. No, amigos. El Círculo Militar de la capital argentina no es una casa de huéspedes. Nuestros aviadores están alojados en casa del intendente—alcaldía le llamamos acá—y por cierto con todo confort.

Sería larguísima esa nota si quisiéramos citar todas las inexactitudes, tonterías, anacronismos e ignorancias que se han puesto de relieve en nuestra prensa al dar cuenta del vuelo y de la arribada a Buenos Aires de nuestros aviadores.

Y eso que no hablamos de la prensa de provincias. Si estos delitos estuvieran penados en el Código, las cárceles estarían llenas.

¡Y después nos quejamos de que un periódico francés diga que Cristóbal Colón ha acompañado en este viaje a los aviadores!

COCKTAIL

Dice un periódico en un título:

"Desaparición de carteras".

Huelga la noticia.

Porque todas las carteras son una.

En la India ha sido asaltado un tren.

La empresa del Metro ha sentido envidia.

Porque sus trenes no los asalta nadie.

Ni los viajeros.

Y ya que hablamos del Metro.

¿Por qué en las estaciones de la Plaza de Cataluña y Liceo cae agua sobre los viajeros en forma de nuevo bautismo?

¿Es que el viaje es navo-terrestre, como decía el clásico?

Una carta de Madrid la hemos recibido con cinco fechas de retraso.

Damos gracias al Cuerpo de Correos.

¿Lo que habrá corrido esa carta por un real!

El fascismo se va abriendo paso.

En Italia, en Francia, en Holanda, etc.

Triunfa la camisa negra.

Y es que las lavanderas cada día están más insoportables.

Los Bailes de máscaras han estado este año poco concurridos.

Ha habido algunos disfraces de "nuevos pobres" y otros de personas decentes.

Sin embargo, en algún baile muy sonado, ha habido algunas personas disfrazadas de "incidentes".

Por "La Nación", de Madrid, nos enteramos de que la Prensa alemana da cuenta de que Primo de Rivera fué objeto de siete atentados durante su última estancia en Barcelona. Hace bien "La Nación" en enfadarse. Realmente, la popularidad y las simpatías de que goza en todo el país Primo de Rivera, le ponen a cubierto de todo atentado. Eso lo sabe todo el mundo...

Ha aparecido el semanario "República".

Por su modernidad representa algo fantástico y sorprendente en la Prensa del siglo XX.

Representa un derroche de sus editores, que pocas veces se ha visto en la Prensa española.

Le deseamos larga vida, porque el esfuerzo bien lo merece.

Al ex concejal señor Vinaixa le han tocado 18.000 pesetas en la lotería.

¿Se las habrá gastado en pagar el primer número de "República"?

Sigue cundiendo el entusiasmo por el feliz resultado del vuelo trasatlántico.

Ya que no nos podemos entusiasmar por nuestras propias acciones, es natural que cuando alguien hace algo que supone audacia, valentía, esfuerzo, sacrificio, nos llame la atención.

En esto, el padre de Franco ha dicho la palabra justa.

Película de actualidad: "Que siga la danza".

Comedia de actualidad: "Cobardías".

En la fiesta celebrada en la Casa del Pueblo, de Barcelona, para conmemorar la proclamación de la República, se guardó un minuto de silencio.

Actuó de cronometrador Emiliano Iglesias.

Uno de los concurrentes, reloj en mano, observó que "el minuto" sólo había durado cincuenta y cinco segundos.

—Nos ha quitado cinco segundos—dijo a un amigo.

Y el amigo respondió:

—Debe ser por no perder la costumbre.

El "Español" ha terminado la primera vuelta del campeonato catalán de fútbol con once puntos.

¿Es una alusión a los jugadores?

Pronto circularán las monedas de cupro-níquel, de valor veinticinco céntimos de peseta.

Que circulen, pero sin que los urbanos regularicen su circulación.

Síno, va a ser un lío...

Al fakir Tarah Bey, en un cabaret parisien, le han arreado un bastonazo en la cabeza.

Y lo que no consiguen los aceraños cuchillos de la escena, lo consiguió un modesto bastón.

Al fakir hubo que cortarle la hemorragia...

En Tángier ha muerto a los ciento diez años de edad un hebreo.

¿Qué judío!

Pero le ha vencido un ruso que ha fallecido en Riga, a los ciento treinta y ocho años.

Siempre habíamos pensado que, en invierno, los rusos dan muy buen resultado.

En España, según dice un diario, faltan veinticinco mil escuelas.

Pero, en cambio, hay veinticinco mil bares.

Consolémonos.

Pregunta "El Sol":

¿Son tristes los ingleses?

¡Hombre, le diré!

Cuando cobran, no.

A una supuesta duquesa de los Abruzzos le han dado una broma sangrienta mediante una carta.

No es la primera vez que con una carta se dan bromas de esta clase.

Y si no, que se lo pregunten a Cambó.

El aniversario de la proclamación de la República se ha celebrado en Barcelona con un minuto de silencio.

Los organizadores de los actos conmemorativos hubieran preferido celebrarlo con un minuto de dejarles hablar.

Aunque hubiéramos oído muchas tonterías.

Porque hay muchos Judas.

Lugar reservado para un cocktail.

Estamos celebrando los éxitos de Ramón Franco.

A Francisco Franco, el jefe del Tercio, se le ha dado un banquete por su ascenso a general.

Los franceses no caben en su pellejo.

¿Los francos están en alza!

EL TABLADO DE ARLEQUIN

De todos y para todos

El cómico marsellés Doumel trabajaba la otra noche en un "music-hall" parisién.

Todo el público reía sus gracias, menos un espectador de la primera fila, al que no parecía divertirle el ocurrente artista.

—¿Por qué no se ríe usted también?—le preguntó desde la escena.

El espectador siguió en silencio.

—¿Es que no habla usted francés?

Tampoco respondió el serio espectador.

—¿Habla usted inglés?

Movimiento afirmativo del caballero del silencio.

Y Doumel, con un gesto magnífico, se dirigió al público, diciendo:

—Señores, se empieza de nuevo en inglés para que se divierta el señor...

Y entonces se rieron todos los espectadores, hasta el inglés.

En breve reaparecerá Fernando Vallejo en el Teatro Victoria, al frente de una compañía de zarzuela.

Le deseamos que gane lo bastante para pagar los "sanwichs" del resopón de su niño.

Del cartel de Apolo: "Los hijos de Eduardo".

¿Se trata de Zamacois?

El culto empresario accidental del Tívoli y aplaudido comerciantes en moluscos Fontcuberta, ha suprimido el talonario de los "vales".

Se ha cerrado el único camino que podía encontrar para ver animado su teatro.

En Novedades representan "El tío Vania".

¡Cuidado, linotipista, con las trasposiciones!

A lo mejor se ofende alguien...

El actor policíaco Rambal tuvo que suspender, por falta de público, su actuación en el Victoria, sin poder celebrar la función de su beneficio, a pesar de estar anunciada.

Es que aquí ya no nos asusta nada.

Ni los dramas policíacos.

Con toda clase de respetos y sin que Miguel de Miguel —por quien sentimos cada debilidad— se enfade, "Quo Vadis", es una birria.

Mucho tranvía, mucho reclamo—nosotros no lo cobramos—, pero, en resumen, una birria!

Hemos tenido la paciencia de aguantar toda la película y ¡vamos! es más pesada que la esfinge de Ghizet.

Brindamos esta comparación a De Miguel, que pretende ser un cosmopolita que ha viajado por todas partes.

¡Ah! Se nos olvidaba. La película de Charlot, que se proyectaba en el Olympia, es un refrito.

La hizo Charlot hace ocho años.

No es justo que se cargue la falta de éxito sobre Charlot, que es inocente, y mientras tanto los que tienen la culpa, ¡en coche!

Aquí decimos la verdad.

Y que cada palo aguante su vela.

Y—como decía el gitano—que "el que nos quiera malamente, que beba el caldo en la calavera de su padre".

El curita José María Granada ha fracasado una vez más con su comedia "Soleá", estrenada en la Comedia de Madrid. Ese cura está dejado de la mano de Dios.

En el Circo Barcelonés se representa, por Miguel Rojas, "La Monja enterrada en vida".

¿No será la "mongeta"?

¡Eso músicos! Cuando se sienten sindicalistas, hay que agarrarse. Y así y todo...

Véase la muestra, que hemos sustraído de la mesa de trabajo de un amigo—que ya sabrá perdonarnos la indiscreción—y que tiene miga y corteza.

Se trata de una carta circular del Presidente de los Maestros a sus asociados, comunicando un acuerdo:

... A fin de que el mérito artístico de las obras líricas no pueda ser desmerecido en ningún momento—enteneceador y plausible objeto—y considerando que solamente los socios de la "Federación Española de Maestros Directores de Orquesta", reúnen las condiciones de competencia que requiere el verdadero maestro director (la modestia es una de las mayores virtudes), por cuanto la antedicha entidad acobija (¡atiza!) en su seno la única pléyade de inteligentes concertadores (en la Federación está la Ciencia, fuera, la más triste y desconsoladora Beocia. ¡Qué horror!). Los socios de la "Agrupación", como asimismo se recabará de los de la "Unión", se comprometen formalmente (no lo vayan ustedes a tomar a chacota, es un compromiso formal); a no autorizar la dirección musical de sus obras, por no conceder a otros la verdadera competencia artística (el que no está conmigo, está contra mí), a maestros que no pertenezcan a la Federación Española de Maestros Directores de Orquesta...

Sonríanse ustedes de Mussolini, de Krasin y de Torquemada.

Todo eso, después de todo, no estaría mal si esos Lenines filarmónicos hubieran contado con que las obras líricas tienen la perfecta libertad de opinar que un maestro "que no pertenece al trust", puede dirigir perfectamente, aunque sin la patente que expide la Federación, una y cien obras, y hacerlo decorosamente y a lo mejor—¡pasan tantas cosas en este mundo!—sabiendo música y todo, y entonces ¿qué pasa?

Porque no vaya a ser cosa de decir con el valenciano del cuento:

—¿Bé, y a vosté qui l'empoma?

—¡Papá, "Boicot" se escribe con "t"?

—No, hijo mío. Se escribe con jabón para los compañeros.

Esta semana no podemos gastar chirimotas a Vilches.

Está representando en el Goya "Todo un hombre", arreglo escénico de la novela ejemplar de Unamuno "Nada menos que todo un hombre".

Y aquí somos unanimitas por unanimidad.

En el teatro Antoine de París se ha estrenado un drama de costumbres catalanas, titulado "La barque rouge", de Alejandro Mac Kinlay, que aunque no lo parezca es español, y por sí no lo saben los diremos que es rico.

Esta obra se había ya representado en España y su mismo autor ha traducido los versos castellanos en que está escrito el original, por versos franceses.

Habrán visto ustedes que Mac Kinlay es un hacha...

No hay como tener dinero.

Al poeta Fernández Ardavin le han pateado, en Madrid, el tercer acto de la comedia "El deseo", que ya le patearon en Barcelona.

Es un deseo que le ha salido fallido.

Luis Calvo ha disuelto sus huestes, al regresar de Zaragoza.

Ahora está reorganizándolas, y sale nuevo por ahí.

Ya hemos quedado en que Calvo no tiene pelo de tonto.

En vista de que el drama realista alemán, "La dona de la vida", obtiene éxito creciente en el Español, mañana se estrena un vodevil, que suponemos será francés.

Parece que sigue la guerra europea y la lógica elemental.

La semana próxima se celebrará en el Cómico la centésima representación de la revista "Yes-Yes".

La cosa nos satisface todo lo que ustedes pueden figurarse.

Título de una película: "Adelante, Malacara".

Es lo que se dice cuando pide permiso Lacierva para entrar en cualquier sitio.

Javier de Burgos ha estrenado en el Cómico de Madrid un juguete.

Pero, hombre, a su edad, y ¡todavía con juguetes!

"Curro el de Lora", zarzuela estrenada en el Nuevo, es obra de bandidos.

Gustó, sin entusiasmar.

La música está escrita con trabuco.

La Empresa del Nuevo afirma en un suelto de contaduría que ella y la compañía están de enhorabuena.

Eso ha de verse los lunes, festividad de Santa Nómima.

En "Curro el de Lora" está muy bien Pablo Gorgé.

Si dijéramos otra cosa mentiríamos, y eso no es costumbre de la casa.

A Fernández Ardavin le han malogrado "El deseo" en Madrid.

¿Es que no le bastaban al poeta los fracasos de Barcelona, Valencia, etc., etc?

¡Los hay contumaces!

Debidamente informados podemos asegurar que ni Rafael el "Gallo" ni el noctámbulo barcelonés "el Gall" tienen nada que ver con "Le Coq d'or", la troupe rusa de Eldorado.

Rambal fué a Sabadell a hacer dramas policíacos.

A la hora de comenzar la función llevaba vendidas siete butacas.

Y "don Enrique"—como se hace llamar en los carteles, cosa a la que no se atrevieron Borrás ni Morano—optó por simular una enfermedad.

¡Aliviarse!

Ha muerto Miguel Muñoz. Era un excelente actor.

Según viviendo centenares de "percebes" teatrales que a los dos sueltos de contaduría tienen la audacia de formar compañía.

Las dos cosas son lamentables.

Dicen de Zamora que ha debutado un tenor llamado Francisco Aparicio, natural de Arguñillo, que es superior por su voz a Fleta.

Suponemos que ya lo habrá contratado Casali para ver si consigue llenar el Apolo de Madrid...

Carmen Díaz se despidió del público barcelonés después de una satisfactoria actuación en el Poliorama.

Roguemos porque la actriz que la sustituya sea tan guapa como ella.

—¿Qué tal el negocio?—le preguntan al empresario de Novedades.

—Vamos tirando...—responde el desinteresado.

A lo mejor, dentro de un par de temporadas se pone en moda el teatro ruso, y el público barcelonés se da cuenta de que se ha tirado una plancha al no concederle importancia a la campaña de Novedades.

COCKTAIL

A Rada, el entusiasmo de los bonaerenses le ha dislocado un brazo.

¡El disloque!

Lerroux, restablecido, ha anunciado a un correligionario que vendrá a Barcelona este mes en la tercera decena.

¿Decena?

Y de comida, probablemente.

Según reciente disposición, las peluquerías se cerrarán todos los días laborables, de dos a cuatro de la tarde.

La medida nos parece justa.

En vigor, los nuevos decretos de Hacienda ya nos pelarán lo suficiente.

Los limpiabotas han celebrado un baile de máscaras.

No hay duda, que se celebró con mucho lustre.

La policía ha detenido a Camilo Rius Oliva.

¿Oliva?

Pues se le ha atragantado el hueso.

Se ha autorizado la exportación de la patata temprana.

Damos el pésame a algunos "cabarets" del Paralalelo.

Dijimos días pasados que Rosario Leonis actuaba en el Eldorado.

Pero ya se despidió.

Luca de Tena está muy ocupado en Madrid en bombardear a los periodistas el descanso dominical.

Por cierto que los ataques de la Prensa a Luca de Tena son injustos.

¡Un hombre tan bueno!

Ha repartido unas pesetas entre sus obreros.

Y, además, ha llenado de cruces de diamantes a todas las cupletistas de España.

Sin embargo, Benito Fernández, redactor de "A B C" murió en el Hospital.

Y Blanco Belmonte, que trabaja como un negro en colaboraciones de Prensa Española y es redactor-jefe de día de "A B C", cobra una miseria.

Pero el niño de Luca de Tena estrena obras.

Y su papá, trajes y mujeres.

¡¡¡Injusticias!!!

¡Somos los mejores! ¡Los más honrados! Los más inteligentes! ¡Los que más pagamos al periodista!

¡"A B C"! ¡Santa María!

¡Ora pro nobis!

¿Qué hace Palacio Valdés, el redactor de "A B C" y secretario insustituible (?) de la Asociación de la Prensa de Madrid, que no limite?

¿Espera, acaso, que le echen?

Decididamente, en España se tiene una inquina injustificada contra Luca de Tena y su obra.

Luca de Tena, ese hombre untuoso como su aceite, suave como su jabón y cordial como su agua de azahar, no merece que se le trate mal.

¡Amigos, busquémosle suscriptores en Cataluña al "A B C".

Antonio López, Impresor :: :: Olmo, 8, Barcelona

EL ESCANDALO

REDACCIÓN
Y ADMINISTRACIÓN
Universitat Autònoma de Barcelona
Calle del Olmo, 8
BARCELONA

Una entrevista con Vargas Vila

¡Con cuánta emoción vi por primera vez a Vargas Vila! Solo, por la calle de Alcalá, apareció el Maestro cuando menos lo esperaba: chiquito, pálido, dandy, con pantalón a cuadros, pulsera y sortijas con cabochones policromos. Era él, nuestro autor de los veinte años: la primera novela subversiva, la filosofía explosiva de nuestro despertar a la vida. Vargas Vila, que leímos a hurtadillas, que metíamos de contrabando entre las textos del Liceo... El, en carne y hueso, veinte años después, frente a la Equitativa y el Banco de Bilbao en la flamante calle de Alcalá. Volví la cara para mirarle: ese hombre chiquito que pasaba en la indiferencia de la calle matinal, era Vargas Vila. Mi recuerdos de ayer fluyeron a mi mente de golpe, como greguería de loros irrumpiendo en cielo de cristal. Un amigo me llevó a casa del Maestro. Vive con ese confort modernísimo del termosifón, ascensor y calefacción en una gran jaula de cemento, en los arrabales elegantes de Madrid. Nos pasaron a un saloncito con muebles tapizados de azul ceniciento; algunos retratos, un busto de Dante, una Venus de Milo. Apareció en verdadera "negligé", familiar, y nos pasó la mano.

—Oh, sí—me dijo—, ya le conozco a usted. He recibido un libro que leí con gran interés; su forma me es simpática. Tanto me interesó su libro, que le escribí a Chile, a la imprenta, por no tener su dirección.

—Nada he recibido.

Es extraño. En todo caso, ya le mandaré la copia, porque debo advertirle a usted que la carta era importante, de las pocas que copio... ¿Qué sabe de Ricardo Bravo?

La conversación se inició así. Yo le examinaba antes de interrogarle cerrado.

El Maestro, con su pluma oro mate y sus zapatillas de cuero fino, me hizo súbitamente la impresión de un jockey del hipódromo de Longchamps. Su cara rasurada y patinada, como marfil viejo, su agilidad y menudez corpórea, el pie diminuto, los ojos vivos, completan la idea de finete. Su cara es de movimiento, con arrugas portentosas y ojos de lince. Es notable una arruga principal en la frente, en forma de imán; esa arruga atrae las imágenes, condensa las ideas, e imprime los fuegos, las estupendas matizaciones, las medulares abreviaciones que llamamos estilo Vargasviliano. El estilo de Vargas Vila es como la primera etapa de nuestra vida de iberoamericanos: todos pasamos por ahí. Negarlo es como negar la leche de la nodriza hispano-india, que nos pegaba a su seno cantando. Negar a Vargas Vila es una cursilería.

Vargas Vila y Rubén Darío son los más grandes innovadores americanos. Darío abrió una puerta ignorada al arte. El colombiano inició una revolución gigante de la retórica, y nos dio una impercibible lección de originalidad, energía y rebeldía. A pesar de sus pequeñas contradicciones, es igual siempre en su esencia, señala el único camino posible de nuestras juventudes.

Veamos lo que dice él y cómo contesta a nuestras preguntas.

—Yo soy paladín de la libertad; lo fui siempre. Yo dejé mi casa de Roma, porque Roma engendra Césares y yo soy enemigo de la tiranía: de Roma salió siempre el Arte, pero nunca la libertad. Yo no quería codearme con Mussolini. D'Annunzio es la imagen de Roma: arte y cesarismo.

—¿Qué piensa de Francia?

—En mi periódico "Nemesi" combatí el imperialismo de Poincaré, pero la nueva ley de Barrés impedirá la acción política de los extranjeros. La sombra de Napoleón envenena el aire.

—¿No desea regresar a Colombia?

—Nunca. Colombia no me perdona que yo la haya llenado de gloria; en cambio, yo le perdono las vergüenzas que me hace pasar como colombiano.

—¿Qué idea tiene de Chile?

—Buena. América empieza en Chile. Argentina es un campamento: los emigrantes se comieron al último gaucho, que era lo más interesante. Lugones acaba de prostituirse, ridiéndose a Monseñor Baudrillard. Chile evoluciona: tiene hombres de acero y nervios fríos. Los políticos actuales de Chile han leído mis libros.

—¿Dicen que es usted amigo de Obregón?

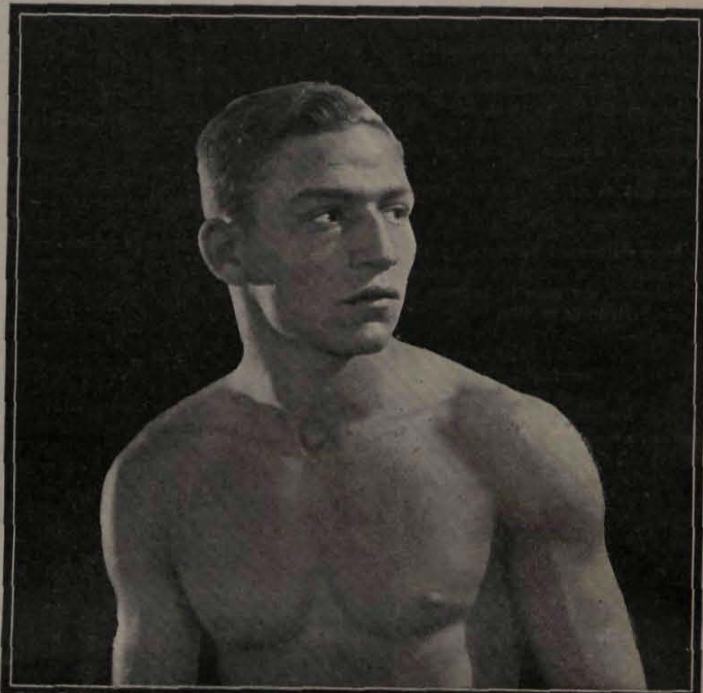
—Obregón es mi discípulo. El más grande de todos los presidentes americanos. Obregón entró en mí porque ha leído mis libros; desde pequeño se nutría en mi literatura. México entró en la etapa Vargasviliana, la Edad de oro. México y Rusia son las naciones más interesantes del mundo. Obregón es indio, tiene sangre indostánica.

—¿Qué piensa de España?

—Nada. Yo me enorgullozo de dos cosas: no escribí nunca

GIRONÉS

El más elegante de nuestros boxeadores. Más que un pugilista de Gracia, parece un pollo del Paseo de Gracia. Rindamos un tributo a su elegancia—su característica más destacada—aunque en este retrato parece que sea un hombre de mal genio. Se trata de un buen chico—a pesar de esa mirada, atravesada—, de quien vale la pena dejarse pegar por lo garbosamente que da los golpes. Hebrans, con quien contendrá hoy en Olympia, debe darle las gracias si le deja K. O.



ca nada de España ni colaboré jamás en "La Nación" ni "La Prensa", de Buenos Aires.

—¿Le interesa el Perú?

—Ese país sería interesante si conservase el régimen incásico, pero tal como está en la actualidad, bajo la tiranía de Leguía, no vale nada. Santos Chocano, cantor de la tiranía, es vil, un talento atravesado, perdido. Los hermanos García Calderón tienen talento, pero se les ha exaltado mucho. Son talentos de diplomacia y periodismo; eso sí, muy elegantes.

—¿Efectuará algún viaje por América?

—No. Yo quiero tranquilidad. En América tienen la manía de las conferencias y discursos, querían que yo hablase y no sé hacerlo: las multitudes me cohiben porque soy un solitario; los solitarios vivimos bajo la luz blanca y sedante de la luna; la muchedumbre nos hiere como el sol. Como todo solitario, yo soy un silencioso, y hablar fuera de la intimidad me parece una dispersión de las semillas de mi genio, arrojadas hacia terrenos estériles. Yo no tengo más amigos que aquellos que no puedo evitar.

—¿Qué idea tiene de la literatura española?

—Ninguna.

—¿Conoce a Eugenio D'Oros?

—Sí. Ese hace un esfuerzo para pensar: se acerca al asunto; despunta. Yo enseñé a pensar a los españoles en el año 1909 con la publicación de mi obra "Ibis".

—¿Por qué no ha hecho teatro?

—¿Teatro? ¡Nunca! Es la más vil expresión de arte, porque está sujeta a los actores, a los cómicos y al gran público. La suprema forma del pensamiento es la Novela. El cuento es un producto de literatura embrionaria, apenas desprendido de la Fábula, sin llegar a la Novela; literatura para niños y para aldeanos.

—Sin embargo—preguntamos—, ¿el cuento ruso... Leónidas Andreiev, Gogol?...

—Son genios de la candidez. Esa floración de cuentistas indica ingenuidad, ruralismo, mentalidad de moujiks.

—¿Piensa regresar a Barcelona?

—Sí. Tengo allá una torre llena de libros. Los catalanes me respetan. Cuando paso por las Ramblas, oigo tras de mí: "Ahí va Suetonio".

—Algunos critican mi dandyismo. En la época del terrorismo yo pasaba sin miedo por los barrios bajos, como Petronio en la Suburra; los obreros me dejaban pasar respetuosamente... "Es el Maestro, el Compañero", decían en voz baja. Pero a mí no me agrada la popularidad.

—¿Qué opinión tiene de la Quinta Conferencia Panamericana?

—Será la última de los pueblos libres o la primera de los pueblos esclavos. En nuestras conferencias de naciones soberanas hispanoamericanas no deben figurar los yanquis. Me parece que esta conferencia obedece al afán de festejarnos

mutuamente con lúchus, toasts y banquetes; hay que dar empleo y tono a tantos internacionalistas.

—¿Es usted uno de tantos maravillados con la teoría de Einstein?

—No me admira: el paciente judío alemán ha logrado explicar con números una cuestión que ya habíamos resuelto por instinto. Lo mismo pienso de la teoría sexual de Freud. A mí no me "epatan" los científicos; los cerebrales vamos siempre a la vanguardia. Lo que me interesa profundamente es la literatura de los jóvenes; siempre busco algo nuevo, una forma nueva. Yo creo que aparecerá alguno, estelar, que marcará una Era, como marqué yo la Era Vargasviliana en 1900.

Nos despedimos. Vargas Vila se levanta; estira su mano blanca con una pulsera; mano desconcertante, mano carnosa, tentacular, de andrógino.

—No olvide mi carta.

Entra en ese momento la criadita catalana con un paquete y una cuenta. Son calcetines de seda de la casa Rodríguez. Vargas Vila cala anteojos y paga.

—Adiós, Maestro.

—Saludé a Ramón Ricardo Bravo.

Partimos. El escritor colombiano deja en nuestro espíritu una impresión de exuberancia, de vida simple. El terrible polemista, el admirable novelista, debe echarse a la cama temprano y con gorro de dormir después de tomar leche con soda. Parece un niño fresco, iluminado, juguetón. Pero, ¿qué cosa es el genio, sino una eterna niñez?

Salimos a la calle. Obscurece. Como vamos impregnados del Maestro, interpretamos el crepúsculo en su lenguaje, en su estilo:

"Cielos mirobolantes

lejanías opalescentes

"y la Avenida coruscante

sembrada de mirípodos lúcentes..."

JOAQUIN EDWARDS BELLO.

«El Escándalo» tiene concedida la exclusiva de venta a la Sociedad General Española de Librería, S. A. Barbad, 16, bis —BARCELONA